La traductora de los eclipses

Shyvirelle

El primer mensaje llegó como una orden de retirada.

En la pantalla de la estación Nadir, tres palabras parpadearon en rojo: «DESPEJEN LA ZONA». Debajo apareció el sello del sistema automático: confianza del noventa y cuatro por ciento. El comandante de guardia pidió activar el protocolo de defensa. Dos minutos después, la estación rival, Cenit, anunció que había recibido la misma advertencia.

Sol, la lingüista del equipo de contacto, pidió ver la señal sin traducir. Le entregaron una sucesión de destellos blancos sobre fondo negro, como si una linterna hubiera intentado escribir en el vacío.

—¿Dónde están las pausas? —preguntó.

—El programa las elimina —respondió Karel, el técnico de sensores—. Las considera tiempo sin transmisión.

En la consola, el espacio entre un destello y otro se representaba con una coma. Un silencio de dos segundos y otro de nueve quedaban reducidos al mismo signo.

—Han borrado casi todo el mensaje —dijo Sol.

Nadir y Cenit orbitaban el mismo planeta, separadas por apenas una hora de recorrido. Cada una había financiado su propio observatorio y competía por anunciar el primer contacto con los habitantes de la pequeña luna oscura que giraba entre ambas. Hacía meses que sus directores no compartían datos sin firmar antes un acuerdo. La advertencia recibida esa madrugada los había obligado, al menos, a hablar por el canal de emergencia.

La luna llevaba años considerada deshabitada. Entonces sus dos grandes torres de luz, situadas en extremos opuestos de un valle, empezaron a apagarse siguiendo un patrón. Los telescopios de Nadir veían primero un brillo, luego otro y, durante unos instantes, ambos a la vez. Las torres no encendían letras sobre el cielo: colocaban pantallas delante de sus focos y dibujaban sombras sobre una llanura blanca, visible desde el espacio.

Karel amplió la grabación original. Sol marcó tres segmentos en una hoja: un apagamiento breve de la primera torre, uno largo de la segunda y un momento de oscuridad compartida, cuando las sombras de las dos pantallas se superponían.

—El traductor toma el encendido como dato —explicó—. Pero la variación deliberada está en lo que dejan de iluminar.

—Eso no nos dice qué significa —objetó el comandante.

—No. Nos dice que el noventa y cuatro por ciento es un número sin base.

Sol llevaba cuatro semanas registrando repeticiones. Había observado que algunas secuencias volvían al empezar cada ciclo de sombra y que otras cambiaban cuando Nadir desplazaba sus espejos de calibración. No podía asignarles palabras, pero sí distinguir patrones asociados a situaciones diferentes. Aquella noche, las torres habían repetido una misma estructura siete veces, con una peculiaridad: las pantallas entraban en movimiento juntas, de manera que las sombras coincidían exactamente durante cuatro pulsos.

La traducción automática había ignorado esa coincidencia.

Sol dibujó dos líneas paralelas en el vidrio de la mesa. Sobre cada línea, una barra negra representaba el tiempo que cada torre permanecía apagada. Cuando ambas barras se solapaban, marcó un rectángulo más oscuro.

—Si esto fuera solo una orden —dijo—, una de las torres bastaría. La segunda está haciendo algo que solo puede hacerse a dos voces.

Envió a Cenit una copia de los datos en bruto. Desde allí contestó una mujer llamada Imani, responsable de la óptica, que sospechaba lo mismo desde hacía días. Su estación había comparado dos mensajes que el programa clasificaba como idénticos; uno provocaba una respuesta de las torres y el otro no.

—La diferencia —explicó Imani en la llamada— es que Cenit contestó después de Nadir, no al mismo tiempo. La primera vez nuestras señales se cruzaron durante tres segundos. La segunda llegaron separadas.

—¿Qué ocurrió cuando se cruzaron?

—Las torres repitieron la secuencia, más despacio. Como cuando alguien reformula una pregunta porque no lo han entendido.

El comandante no quiso aceptar la comparación.

—O como cuando repite una amenaza.

—También podría ser —admitió Sol—. Por eso quiero probar una relación temporal, no traducir una intención.

Durante horas cruzaron grabaciones. Sol buscó un rasgo que permitiera diferenciar una petición de una afirmación sin inventar un diccionario. Encontró un ejemplo: cada vez que Nadir enviaba una secuencia unilateral, las torres terminaban con dos sombras que nunca coincidían. Cuando Cenit había emitido a la vez, la secuencia final incluía una

zona común. Lo mismo ocurría en las dos únicas ocasiones en que las torres parecían dirigirse una a la otra.

La inferencia era limitada, pero útil. En aquel sistema, el cierre de ciertas secuencias no parecía señalar «obedeced» sino «esperamos dos respuestas juntas». El traductor, al quitar los intervalos oscuros, había convertido una estructura abierta en un imperativo.

Para poner a prueba esa hipótesis, Sol necesitaba que ambas estaciones emitieran una señal coordinada. Nadir tenía el reflector de longitud de onda corta; Cenit controlaba el de longitud larga. Ninguno podía producir por sí solo la sombra combinada que las torres usaban al terminar el mensaje.

El director de Nadir se negó.

—Si respondemos juntos, ellos anunciarán que fue su descubrimiento.

—Si respondemos separados —repuso Sol—, seguiremos sin saber si nos están haciendo una pregunta.

—Y si nos equivocamos, quizá iniciemos un conflicto.

Sol miró la palabra «DESPEJEN» todavía encendida en la pantalla. No sabía si existía un conflicto posible. Sabía que habían estado a punto de responder a una traducción que borraba la mitad de la estructura.

Propuso una prueba mínima. No imitarían ninguna frase larga ni enviarían símbolos nuevos. Repetirían únicamente el patrón de cierre observado: dos apagamientos superpuestos, idénticos a los de las torres. Acompañarían la maniobra con un mensaje claro a los equipos humanos: no interpretar un retorno como aceptación, rendición o amistad hasta tener más datos.

Imani consiguió que Cenit aprobara la mitad que le correspondía. Ambos directores aceptaron firmar un registro compartido de la operación, con la hora exacta y el control de cada reflector. La discusión de los créditos científicos quedaría para después.

Faltaban nueve minutos para el pr□ximo apagamiento de las torres.

Karel ajustó el primer obturador. Por el canal común, Imani contó las posiciones de ambos espejos. No usaron una cuenta atrás hablada: los dos equipos trabajaron con el mismo reloj y una señal de sincronización verificada antes de empezar.

En el momento previsto, Nadir ocultó su haz. Cenit hizo lo mismo. Desde la llanura de la luna, las dos sombras habrían debido encontrarse sin que ninguna precediera a la otra. Los sensores registraron cuatro pulsos de oscuridad compartida. Después, nada.

El comandante dejó una mano sobre el interruptor de alarma.

Pasó un minuto. Luego dos. Las torres de la luna se encendieron de nuevo, pero en vez de repetir la advertencia trazaron una secuencia distinta: las dos sombras llegaron juntas, se separaron, volvieron a reunirse y terminaron en un silencio más corto. Apareció un tercer patrón, nunca visto, que una torre transmitió a la otra antes de volver a mirar hacia el cielo.

Sol pidió no traducirlo aún.

—Han cambiado el mensaje después de nuestra respuesta —dijo—. Eso ya es información.

El sistema antiguo mostró en rojo: «RETIRADA CANCELADA».

Karel desconectó esa ventana. En la pantalla nueva, la que conservaba los apagamientos, Sol escribió una nota mucho más modesta: «La secuencia inicial parece solicitar una respuesta coordinada. La respuesta coordinada produjo una reformulación. Significados léxicos no determinados».

—¿Entonces no nos amenazan? —preguntó el comandante.

—No podemos saberlo todavía. Tampoco podíamos afirmar que nos ordenaban retirarnos.

Imani entró en la llamada. Había detectado algo adicional: el tercer patrón no procedía de las torres al unísono. Primero lo había emitido una y después la otra, con una sombra superpuesta en el centro. El intercambio parecía señalar una corrección mutua, no una marcha militar.

Sol sonrió, pero no celebró el contacto como resuelto. Abrió una página nueva en su cuaderno y dejó un espacio para la próxima secuencia. En la cabecera escribió: «No llamar vacío al tiempo en que alguien escucha».

En el exterior, las dos estaciones continuaban orbitando separadas. Por primera vez, sin embargo, sus reflectores habían proyectado una sola sombra.